



ANTON ARRIOLA

EL RUIDO DE
ENTONCES

erein

El ruido de entonces

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: enero 2021

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Pablo Ugartetxea

© Anton Arriola

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-681-8

D.L.: D 001-2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

Anton Arriola

El ruido
de entonces



erein

A José Mari, *in memoriam*
y a los jóvenes vascos, que no lo vivieron

Esta memoria, la de nuestra propia falibilidad
como individuos, es la que tenemos que transmitir.

GÉRALDINE SCHWARZ, *Los amnésicos*

Una segadora en la cabeza

Los recuerdos más intensos suelen tender a la abstracción, y supongo que habrá en el ámbito de la psicología alguna teoría de la significación que dé cuenta de ello. Es este el terreno en el que los olores y los ruidos –y las sombras, palabras sueltas, imágenes deformadas o relámpagos–, abandonando su papel secundario, tienen la oportunidad de trascender. Nos ocurre tanto con los de reclamo traumático como con los intensamente felices. También están esos recuerdos que podríamos denominar simplemente nostálgicos, leves e incomprensibles temblores en la línea del tiempo, que son sin duda los más enigmáticos: ¿por qué precisamente tal cara, ese gesto, aquel jersey, la palabra *Rosebud*, el olor de la magdalena? Mi madre dice que durante años, al despertarse los sábados por la mañana, oía el ruido de la segadora. La maquinaria del mundo se ponía en marcha con aquel ronroneo estremecedor, que le hablaba de aniquilamiento y desolación como ningún elaborado soneto o discurso pudiera hacerlo. Una sima se abría en su conciencia hasta que,

transcurridos apenas unos segundos, los sonidos del presente imponían su prevalencia –pajarillos, el leve trájín de primera hora en la cocina, o incluso la segadora de un vecino, de otro vecino.

Vivíamos en la urbanización que a principios de los años setenta construyeron en el monte Unbe, un enclave en plena naturaleza, rodeado de bosques, al que se accedía entonces por una estrecha y sinuosa carretera. Ciento veinticuatro chalets con dos mil metros de parcela. Eran todos muy similares, con cuatro modelos entre los que elegir. Estilo caserío vasco «modernizado», inspirado tal vez en la arquitectura del País Vasco francés. En un amplio altiplano estaban situados los servicios comunes: piscinas, campo de fútbol de hierba, pistas *quick* de tenis y el *aterpe*, un chamizo construido en el mismo estilo arquitectónico que los chalets y cuya función era alojar las misas y las reuniones vecinales, además de acoger a los adolescentes en días de lluvia, que por aquel entonces y en determinadas épocas del año era casi siempre. Con el tiempo fue escenario del primer cigarrillo, el primer porro y con suerte el primer escarceo sexual de buena parte de los jóvenes de la urbanización. Estábamos a comienzos de los ochenta y yo tenía trece años. Hasta entonces el monte Unbe había sido para mí un espacio de libertad, en el sentido asilvestrado y desafiante que tenía entonces la libertad.

Nuestro vecino de la derecha era un personaje ilustre. Nacionalista vasco, gerente de la empresa Petronor y presidente de la Cámara de Comercio de Bilbao. Tenía varios hijos, una mujer chilena y dos foxterrieres que, cuando ladraban inesperadamente, sacando con sigilo la cabeza entre los barrotes de hierro de la verja, nos daban unos sustos de muerte. Más tarde, tras su jubilación, fue alcalde de la localidad costera de la que provenía. Amenazado por ETA durante una época –quién sabe con qué grado de concreción,

esas precisiones estaban siempre veladas—, guardaba bajo la cama una escopeta, «para darles su merecido si venían» a por él. Mi padre me transmitió, en una rara quiebra del secretismo de los adultos, aquella mezcla de exabrupto y confianza. Admirado, debatí conmigo mismo si realmente hubiera sido capaz de enfrentarse —era un hombre de gran envergadura y determinación—, y si, de haberlo hecho, habría sido una buena decisión o habría acabado tirado en un charco de sangre sobre el suelo de su dormitorio. Entonces se tenía a los etarras más por una banda de jóvenes exaltados y descarriados que por un grupo terrorista bien organizado, y es posible que de producirse un intento de secuestro hubiese logrado ahuyentarlos. También que hubiera acabado lleno de agujeros.

El hombre que vivía en el chalet de enfrente, al otro lado de la carretera interior de la urbanización, era un piadoso y extravagante constructor que nos llevaba a la chavalería de Unbe a hacer excursiones por los montes de los alrededores, caminatas en las que mezclaba conceptos *scout* con la invocación religiosa. Poseía un ardor mesiánico, y elaboró un plan que se hizo famoso en aquellos días. El proyecto consistía en elevar unos cientos de metros los mil quinientos del Gorbea, uno de los montes más altos de Euskadi, para que, acomodándonos a los nuevos tiempos, pudiéramos contar con nuestra propia estación de esquí. Hombre cercano al Partido Nacionalista Vasco, acabó en la cárcel de Basauri por estafar presuntamente a la Diputación de Bizkaia. Se dijo que había inyectado al subsuelo de un solar donde debía construirse un edificio público, de modo innecesario, diez mil metros cúbicos de una mezcla de sulfatos, agua y cemento. Años más tarde resultó que, dada la lejanía del suelo rocoso, el informe geotécnico justificaba aquellas medidas extraordinarias para el asentamiento

del terreno. Quizás, después de todo, fuera el hombre apropiado para elevar una montaña. Tenía dos pastores alemanes que eran uno de los terrores de la urbanización. Negros, con el morro afilado y los ojos alocados, estaban sin duda más cerca del lobo que del perro, y su ataque era inevitable si uno se adentraba en aquella casa. Hacían su vida al final de unas cadenas de varios metros de longitud que les permitían una considerable amplitud de movimientos. Mis padres nos mandaron allí en más de una ocasión a realizar algún recado de escasa importancia. Si uno de los perros lobo te enganchaba de los pantalones y te rasgaba la carne, la mujer del constructor, mientras te hacía la cura, decía que todo se debía al miedo que habías dejado traslucir. Lógicamente, era un imán irresistible para cualquier perro guardián. La única vez que vi a los perros lobo fuera de casa, liberados por algún error, uno de los foxterrieres tuvo la mala idea de sacar la cabeza entre los barrotes, para realizar su truco habitual. Se la arrancaron. Son recuerdos de la infancia que permanecen en la memoria.

El vecino cuya parcela estaba situada a la izquierda de la nuestra, un hombre serio de nombre extranjero, era ingeniero y tenía cinco hijos. Que recuerde, no tenían perros. Los sábados por la mañana, a primera hora, solía cortar el césped de su parcela, tan en pendiente como la nuestra. Verle empujar el cortacésped cuesta arriba era una imagen incongruente. Su porte académico de aire inocente, las gafas y un cuerpo no muy atlético, aunque delgado, casaban poco con las actividades físicas. Se trataba de uno de los mayores expertos del país en energía nuclear y, desde hacía un tiempo, dirigía el proyecto de construcción de una central en Lemoiz¹. Debido a esta circunstancia, el 6 de febrero de

¹ Antes Lemóniz, en euskera y oficialmente Lemoiz.

1981, tras mantenerlo una semana secuestrado bajo reivindicaciones de imposible cumplimiento, la organización terrorista ETA lo mató de un tiro en la nuca. Apareció amordazado y maniatado en un bosque de Zaratamo. El día siguiente era sábado, y mi madre, muy temprano, tras haber dormido apenas un par de horas, escuchó el ronroneo de la segadora. Pero solo existía ya dentro de su cabeza.

Yan Lianke

La capacidad de recordar es uno de los elementos fundamentales que nos distinguen de los animales y de las plantas, la primera condición de nuestro crecimiento y nuestra madurez. Es la tierra de cultivo en la que nace y se hace nuestra mirada sobre el mundo. A veces se atrofia. A veces renunciamos a ella o viene anulada por la mirada colectiva. La memoria es el campo de batalla de la Historia; pero ahora poseemos la oportunidad de escribirla juntos. La oportunidad de no dejar un relato falso sobre la vida y la muerte a los que vengan detrás de nosotros. Y todo empieza en la memoria individual. Pero, ¿qué importancia real tiene todo esto?

Hoy es el sexto día de confinamiento por la crisis del coronavirus, y en la prensa encuentro una carta de Yan Lianke, escritor y disidente chino. Está dirigida a sus alumnos de posgrado de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hong Kong. Hace unos años leí su libro más célebre, *El sueño de la aldea Ding*, sobre el escándalo de la sangre contaminada que asoló zonas rurales de la provincia de Henan. A mediados de la década de los años noventa decenas de centros médicos ambulantes recorrieron la región,

comprando la sangre de sus habitantes a cuatro dólares el litro. Los aldeanos, incitados a vender por unas monedas grandes cantidades de su propia sangre, fueron víctimas de una de las mayores epidemias conocidas hasta entonces en el país. Las transfusiones, que se hicieron en condiciones higiénicas mínimas, reutilizando las jeringuillas y mezclando la sangre de muchos pacientes en grandes bidones comunes, propagaron el VIH por la región. En algunos pueblos hasta el sesenta y cinco por ciento de los habitantes contrajeron el sida. El Gobierno chino hizo todo lo posible por ocultarlo, pero el escándalo acabó saltando a los medios internacionales a través de las confesiones de los infectados. Hasta ese momento, China negaba la existencia del sida en el país, aduciendo que se trataba de una «enfermedad de extranjeros». A través del relato de Lianke, la verdad de lo ocurrido se expandió en el viento y se hizo imperecedera.

En su carta a los estudiantes, el escritor dice que la persona sin memoria es, en esencia, como el madero sin vida; serán el serrucho y el hacha los que determinen su forma futura. Se lamenta de que China se apreste a celebrar con gran efusión la victoria bélica sobre el azote de la Covid-19. Teme que las estadísticas se falseen y los muertos y el dolor se minimicen, en aras del relato de la *grandeur* nacional. Mientras tanto, en Occidente sufrimos los primeros embates de este azote. El relato de la crisis del coronavirus será también, es ya, campo de batalla geopolítico. El Gobierno chino tardó mucho en reconocer el problema y empezar a gestionarlo, algo que ahora están intentando esconder, y la Administración estadounidense reaccionó también con lentitud. Sabiendo lo ocurrido durante meses, no se preparó. El presidente de Estados Unidos se ha adelantado a culpar a los chinos de lo que acontece. Los chinos responden que todo pudo comenzar con los

soldados americanos que participaron en los Juegos Militares de octubre en Wuhan, el foco originario de la pandemia. Aunque a veces nos lo parezca, la batalla por el relato no es una quimera: se dirime en los centros de poder, y son miles o millones los que pueden perecer en ella.

¿Quién puede decirnos en qué consiste la vida humana, nuestra realidad, nuestra verdad y nuestras existencias individuales en este mundo?, prosigue Lianke. Su preocupación nos parece natural. Generaciones de chinos han vivido su vida o buena parte de ella en una gran mentira. Relatos mentirosos han llevado en este país a millones de personas a la cárcel y a la muerte. Pero en el nuestro sabemos, al menos aproximadamente y cada uno con sus matices, qué fue lo que ocurrió. La transparencia es, nos decimos, si no total, muy amplia. Los jóvenes, por su parte, miran hacia delante, no tienen interés en viejas historias. Entonces, ¿es necesario regodearse en el recuerdo? ¿Recordar aquello que causa dolor? ¿Para qué?

Con el olvido de la memoria individual, la carne pierde el alma, sentencia Lianke. Cuando todo recobra la calma, ese minúsculo sustento de una verdad que podría remover el mundo deja también de existir. La historia se convierte así en una leyenda, un olvido y una ficción sin base ni fundamento. Al final de la carta el escritor chino se rebela e invoca a sus colegas escritores, guardianes del recuerdo, a que recojan la verdad antes de que desaparezca. La verdad de los muertos en Wuhan, en Hubei y en otras muchas ciudades, provincias y regiones del país. La verdad de los números y la verdad detrás de los números.

La verdad de las familias rotas y de su llanto.

El hombre sin importancia

Hace unos años, acuciado por el recuerdo, decidí tratar de escribir una novela sobre el secuestro y asesinato del ingeniero José María Ryan. La tragedia de su muerte había quedado especialmente adherida a nuestra particular historia familiar, pero era también una de las que con mayor horror recuerdan todos los que vivieron aquellos tiempos convulsos. En un plano más general, mi interés no estribaba en escribir una novela sobre ETA, la historia de un error tan craso y fatídico se me antojaba plana, susceptible tan solo de una aproximación maniquea. O, en cualquier caso, yo no contaba con la perspectiva necesaria para plasmar lo realmente interesante desde el punto de vista social y literario, es decir, cómo pudo llegar a consumarse un error de tal calibre. El caso de Lemoiz, sin embargo, me parecía una historia con más aristas, con más puntos de vista y más culpables, y quizás representara una oportunidad de abordar de una forma global las tensiones y respuestas de una sociedad. Me concedía a mí mismo una probabilidad muy baja de llegar a conseguirlo; pero tal vez mereciera la pena intentarlo.

La intuición me decía que aquel debía ser un relato muy pegado a lo que ocurrió, aunque no tanto de carácter periodístico —en principio se trataba de una novela—, sino más bien escrito según los códigos de ese género que estaba tan de moda y en el que cabía casi de todo, la llamada «literatura del yo». Mi familia había tenido una participación tangencial pero cercana en aquella terrible historia. Además, me resultaría fácil entrevistar a otras personas que la habían vivido de primera mano. Para lo que no obtuviera de este modo y no estuviera en las hemerotecas tiraría de la ficción. Pertrechado con este plan me presenté en casa de mis

padres una tarde de finales de septiembre. Pero su respuesta fue decepcionante. Mostraban un hermetismo difícil de comprender. Debían de tener todos los datos dentro de su memoria y, sin embargo, parecían haberlos olvidado. Mi padre era compañero de curso de José Mari en la Escuela de Ingenieros. Habían coincidido en las milicias universitarias en Zamora. Entraron a trabajar en la compañía eléctrica Iberduero justo el mismo día. Las parejas eran amigas y salían ocasionalmente desde antes de vivir puerta con puerta. La mujer de José Mari, Pepi, era nuestra dentista. Aun así, las respuestas de mi madre eran tan etéreas e inasibles como las motas de polvo que flotan al trasluz. Mi padre por su parte callaba.

Impulsado por el manual de buenas prácticas del escritor, insistí, aunque sin mucha convicción, ya que intuía de dónde surgía su reticencia. No tardé en desistir, y aquella noche mi madre me confirmó con un mensaje lo que sentía. Este es un extracto:

Son recuerdos que por mucho que queramos, y aunque haya que recordar por justicia, nos han marcado, y huimos porque, casi cuarenta años después, duelen mucho. Aquellos días fueron tan intensos... esa muerte nos dejó petrificados y despellejados. Lo que nos pasa es que volvemos a sentirnos revueltos y doloridos por el recuerdo; lo que me pasa es que me siento revuelta y dolorida.

Unos días más tarde encontré en la hemeroteca un artículo que daba cuenta de la petición de uno de los hijos del ingeniero. Recurrentemente, en el aniversario del asesinato, volvía a aparecer en la prensa la foto de su padre amordazado y maniatado en el bosque. Pedía que aquella foto no volviera a publicarse. Pedía respeto al derecho a la intimidad de su familia. ¿Quién era yo para negárselo?

Arrumbé las páginas que llevaba escritas y comencé una nueva versión de la novela, esta vez abandonando la literatura del yo por un relato de tinte histórico que ahondaría en los personajes y en los hechos reales, pero con la distancia de la ficción. Sin embargo, seguía chocando con la realidad y con la necesidad de olvidar. Una y otra vez. Una frase que había escuchado decir a Javier Cercas daba vueltas en mi cabeza: «la ficción salva, la realidad mata». Estaba de acuerdo, la realidad que seguía subyaciendo en el relato me adentraba en una niebla espesa de dolor y pesar que mataba. Podía sentir su gélido hálito, que acababa con cualquier atisbo de inspiración que pudiera encontrar en mí. Finalmente, me decidí por una tercera versión de la novela, en la que los personajes perderían sus rasgos reales, los hechos se camuflarían o trastocarían y los detalles de lo que sucedió serían sorteados. Pretendía que fuera una alegoría de lo ocurrido, en la que no se mencionara ni a José Mari ni a ETA y ni siquiera a Lemoiz, sustituido por un trasunto: Momategi, el nombre del arroyo que desemboca en la central. Con el título de *El hombre sin importancia*, esta versión sí llegué a completarla. Estaba basada en el diario ficticio de un ingeniero de nombre Expósito.

La novela buscaba reflejar la forma pueril pero inexorable en la que, en las cosas de los hombres, las posiciones se van extremando hasta hacerse irreconciliables. También quise contar la historia de un hombre inocente atrapado en una encrucijada. Había leído por aquellos días una novela escrita por Philippe Claudel titulada *El informe de Brodeck*. En este caso se trataba de una alegoría del nazismo, en la que los nazis, los judíos, Hitler o la Gestapo no eran mencionados en ningún momento. Aquello me dio ánimos. Pero pronto comprendí que *El hombre sin importancia* era una novela coja, por mucho que algunos de mis «lectores cero»